

DOMINGO 32 T. O. (C)

Lecturas: 2Mc 7,1-2.9-14; S 16; 2Tes 2,15-3,5; Lc 20,27-38

Homilía por el P.José R. Martínez Galdeano, S.J.

Creo en la vida eterna

En este mes de noviembre, acabando el año litúrgico (el último domingo del mes comienza el nuevo año), la Iglesia lleva nuestra reflexión hacia los misterios del final con la solemnidad de Todos los Santos, la conmemoración de todos los fieles difuntos, y las lecturas de los últimos domingos que se refieren a los misterios de la muerte y del juicio y retribución finales.

En estadísticas sobre la fe ha aparecido a veces una clara diferencia entre los que se dicen creyentes y aun practicantes católicos y los que creen en la vida eterna, que son un número sensiblemente inferior. Creyentes y aun practicantes que no creen en la vida eterna; un gran error, una ignorancia grave, una incoherencia.

Ante la realidad inexorable de la muerte, de mi propia muerte antes o después pero cierta, el hombre ha tratado de encontrar una respuesta que tenga sentido. Porque sin ella tampoco a la vida se le encuentra ese sentido.

El israelita conoció pronto la relación entre la muerte y el pecado. Por el pecado de Adán y contra el primer designio de Dios entran en el mundo el dolor y la muerte: "Por haber comido del árbol del que Yo te había prohibido comer..., hasta que vuelvas a la tierra, porque de allí fuiste sacado, pues eres polvo y al polvo volverás" (Ge 3,17.19). En el libro de la Sabiduría (del siglo I a. Xto.) encontramos esta afirmación: "No fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes; todo lo creó para que subsistiera; porque la justicia —es decir, dicho en nuestro lenguaje, la rectitud moral o santidad de vida— es inmortal" (Sb 1,13.15). La santidad de vida obtiene de Dios en las personas de la madre y de los siete hermanos macabeos aquella firme fe que enfrenta de modo tan admirable la

muerte más horrorosa y cruel que el tirano pudo idear y la vence. Confiados en Dios están absolutamente seguros de que han de resucitar: “Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se espera que Dios mismo nos resucitará”.

Los saduceos no creían en la resurrección de los muertos. Su secta estaba formada por gente, al menos en general, rica y poderosa. Durante todo aquel tiempo todos los sumos sacerdotes fueron saduceos. Dominaban el Sanedrín, que era el órgano superior de gobierno. Eran partidarios de pactar con los poderes políticos, tanto de Herodes como de Roma. Lógico: no creían en la resurrección de los muertos, no tenían puesta la esperanza sino en este mundo.

El argumento de los saduceos, negando la resurrección futura, que hemos escuchado, da la impresión de ser utilizado normalmente por ellos y que lo consideran como irrefutable. En los paralelos de Mateo y Marcos la respuesta de Jesús tiene un tono aún más agresivo. Jesús les dice a la cara que son unos ignorantes en cuanto a las Escrituras; “están ustedes enormemente equivocados”, concluye Jesús en San Marcos (12,27). Mateo dice que la gente que lo escuchó, muchos sin mayores estudios pero sensatos y creyentes, “se maravilló” (22,33) de la respuesta de Jesús; hoy le hubieran aplaudido. Lucas añade tras el texto litúrgico leído que un escriba —experto en la ley y fariseo casi cierto— le felicitó públicamente y que los saduceos quedaron apabullados: “no se atrevían a preguntarle ya nada más” (20,40).

Los cristianos debemos dar muchas gracias a Dios porque nos ha revelado, sobre la muerte y lo que ocurre después, muchas e importantes verdades. En la revelación Dios nos ha manifestado, en primer lugar, que la muerte entró en la historia humana por el pecado, lo que prueba que al pecado no se le puede mirar con indiferencia. Pecar es malo, violar la ley moral perjudica al hombre, llega a matarlo. Por su culpa todos los hombres mueren (Ro 5,12).

Por su culpa —si bien para liberarnos de él— tuvo que morir Jesucristo, quien fue “hecho pecado” para ello (2Co 5,21).

Todos los hombres mueren y este hecho muestra que el pecado ha alcanzado a todos los hombres, que todos somos pecadores. Además todos sufrimos la dolorosa experiencia de la facilidad o inclinación espontánea al pecado; “el pecado habita en mí” (Ro 7,17); no podemos extrañarnos de que hayamos pecado y de que pequemos, y de que sólo podemos ser salvos por Jesucristo. Esta salvación de Jesucristo es lo que ha destruye el pecado y sus efectos. Seguimos, pues, siendo creados a imagen y semejanza de Dios, para vivir con Dios en Cristo por toda la eternidad.

La Iglesia ha proclamado esta verdad desde el primer momento de su predicación (Hch 2,32); porque sin la resurrección de Cristo toda nuestra fe sería estúpida, y, si nosotros no resucitamos, también sería mentira que Cristo ha resucitado (1Co 15,4.13). “Creer en la resurrección de los muertos ha sido desde sus comienzos un elemento esencial de la fe” dice el Catecismo y hace suya la frase de Tertuliano, del siglo II: “La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella” (C.I.C.991).

La liturgia de hoy lo manifiesta también. Los tesalonicenses son la segunda comunidad cristiana en Europa, convertida por Pablo en su segundo viaje. Pablo tuvo que huir de allí precipitadamente. La catequesis que pudo darles fue breve; sin embargo incluyó la resurrección de los muertos y la venida de Jesús a juzgar a todos los hombres al final del mundo. A esto aluden las palabras de ánimo, que hemos escuchado: “Que Jesucristo nuestro Señor y Dios nuestro Padre, que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza, les consuele internamente y les dé fuerzas para toda clase de palabras y obras buenas”

También nosotros hemos de vivir teniendo la absoluta seguridad de haber nacido para vivir eternamente. La vida

en este mundo, que nos exige esfuerzo, sacrificio, lucha contra nuestras pasiones y pecados, cruz, no es más que por un tiempo breve. Hemos de morir y tal vez pronto. Ojalá cuando llegue el momento lo tomemos con la serenidad del que está más que superentrenado para dar el salto. Tenemos vocación de campeones. La esperanza del triunfo, más cercano a cada paso, nos empuja a forzar el ritmo.

Ahora vivimos de la fe, esperanza y caridad. La fe es oscura pero nos pone en contacto con el Dios de la eternidad, la esperanza se orienta al futuro que entonces gozaremos presente y ahora nos acerca y nos hace degustar ese futuro maravilloso. Vemos progresar el Perú y esto nos anima. La fe en la vida eterna nos debe animar y estimular mucho más a las obras buenas. Caminemos al ritmo del salmo responsorial de hoy para que mañana lo hagamos en la eternidad:

Mis pies estuvieron firmes en tus caminos. Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío. Inclina el oído y escucha mis palabras. A la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia y al despertar me saciaré de tu semblante (S. 16).

Otras informaciones:

<<http://formacionpastoralparalaicos.blogspot.com>>